

JAVIER JOVEN **CONTRA ACCIÓN**

del 14 de junio
al 17 de septiembre

IAA
CC **PABLO SERRANO**
Instituto Aragonés
de Arte y Cultura
Contemporáneos



¡Déjalo estar!

Revelación y presencia en la obra de Javier Joven

«Que esta pasividad no sea un simple estar inactivo o un simple no estar, que al no ser todavía la pasividad tiene acción, se manifiesta. Esta su pasividad es actuante; no es muda ni invisible; tiene carácter positivo, se mueve». *Los sueños y el tiempo*, María Zambrano¹

Las lágrimas corren de los ojos de Gilgamesh

(al tiempo que dice):

Voy a recorrer un camino

Por el que nunca he andado

Voy a emprender un viaje

Del que ignoro la dirección.

*Poema de Gilgamesh*²

Javier Joven nos invita a un viaje interior y a un acto de detención. Un estado intermedio, casi atemporal, inspirado en el taoísmo, recorre su propuesta artística. Observemos qué ocurre a nuestro alrededor: el ritmo disminuye, nuestra respiración decrece. Sencillamente estoy aquí, en este lugar, en este momento, y todas las formas de permanecer son válidas.

Acostumbrados al movimiento, a posicionarnos, a contraponer, es previsible que nos resulte difícil sentir el *Wu Wei*³ taoísta que promueve una cierta pasividad como alternativa a la acción. Escapando de la dinámica de opuestos, esta *forma de estar en el mundo* implica diluirse en el entorno físico y social e influir en ese medio adhiriéndose a él, sin sobresaltos bruscos. Por otra parte, no equivaldría al inmovilismo. El *Wu Wei* es un estado emocional que, como el agua, aun siendo débil y delicada, es capaz de adaptarse a cualquier forma.

Javier Joven sintetiza en *Contra Acción* (2017) ideas y búsquedas de muchos años de trabajo. La muestra se convierte en un manifiesto emocional que es en realidad un «anti-manifiesto», dada su renuncia a defender ninguna propuesta absoluta, más allá de dejarse estar. Más bien ofrece al visitante los fragmentos de un camino cuyo fin está en sí mismo y no busca resultados. Su pretensión es compartir una conversación íntima con nuestro interior. Así lo expresa: «Trato de plasmar algo inefable que trasciende mi experiencia particular. La experiencia mística aspira a ser universal, pero paradójicamente es extremadamente personal»

Cuatro estados

«Llueve en sueños. Entre otras siluetas movedizas de transeúntes, un escaparate refleja de espaldas la de alguien con gabardina oscura que se sube despacio las solapas y mira la luz roja del semáforo, como abstraído al borde de la acera. Él es el protagonista de la película. El encargado de gobernar sus propios pensamientos». Carmen Martín Gaité, *La reina de las nieves*⁴.

Como el personaje de la novela de Carmen Martín Gaité, no hay duda de que Javier es «el protagonista de la película», el que «gobierna sus propios pensamientos», el que aparece en casi todas las imágenes, ya sean fotografías, objetos, vídeos o pinturas. Y, sin embargo, la presencia repetida de su figura, de su cuerpo asumiendo la responsabilidad absoluta de estas acciones, no desprende narcisismo, sino autenticidad, humor y humildad. «Este soy yo y mi proceso, y lo honesto es hacerlo yo mismo», pareciera decirnos.

En ese recorrido emocional, entiende la existencia (y la creación) desde la militancia individual e incorpora su memoria (de ahí la inclusión de objetos simbólicos del ajuar familiar y el uso de parajes de su infancia y juventud en algunas fotografías). En la primera etapa: LOGOS, sale a predicar (quizá inútilmente), libro en mano, las virtudes de la razón a los animales, a los árboles y a los vegetales. «El logos es la collera de lo real. Lo real es idiota y permanece siempre ahí como animal desollado». «Arropamos de palabras lo real para protegernos: adherimos piel a las vísceras de lo cotidiano», me escribe Javier. Y descubierta la incapacidad para influir en el entorno, se accede a la segunda fase: SILENCIO, para la cual, cambia de atuendo. Utiliza la neutralidad del pasamontañas y permanece hierático en diferentes ambientes alusivos a sus recuerdos (incluso utiliza un mueble de familia: el *Taquillón de Theodor* (artefacto para la reificación de mi pasado). «El silencio es un acto de compromiso con lo real. La rebelión de la conciencia marcada. También la intuición del vacío, de la nada que acecha y precariza (e intensifica) nuestra experiencia», añade en su carta. Y tras el silencio, en tercer término: llega la QUIETUD, esa *pasividad creativa*: «En la búsqueda de quietud he tenido dos momentos: la experimentación de mi propio fluir espontáneo y la conexión con algunos hechos de mi pasado familiar. A veces, cuando te detienes, se agolpa en ti la memoria que arrastras». A esta serie pertenecen piezas pictóricas abstractas de enorme belleza como *Wu Wei* (interior enmarañado) y *Caos, germen* (2014).

Solo al final se atisba una idea de porvenir, de PROFECÍA (así se llama la última sala), y el círculo por fin se cierra. «Finalmente, una intuición honda e inconmensurable me abraza, me mece y cierra mi proceso como si de un círculo se tratara. El vacío, entonces, no es una acechanza, sino un sentimiento de plenitud». El último cuadro sobrecoge. En él reúne todos los elementos de los estadios anteriores (el porte serio, los libros, la quietud, la abstracción pictórica... la nada). Nada que afirmar, nada que perder.

«Crear sin tener en cuenta el resultado,
y afirmar nada,
el sabio no tiene nada que perder». Lao-Tse en el *Tao Te Ching*

Susana Blas, en Madrid a 15 de mayo de 2017

¹ María Zambrano, *Los sueños y el tiempo*, Ediciones Siruela, Madrid, 1998. p. 24.

² *Poema de Gilgamesh* (traducción de la versión babilónica de Federico Lara Peinado), Tecnos, Madrid, 1988. p. 53. El poema mesopotámico, estructurado en 12 tablillas, aborda ya en el 2600 a. C. las grandes preguntas del hombre: el significado de la vida y de la muerte, el destino y la inmortalidad.

³ El *Wu Wei* ha sido traducido como «quietud creativa». No se trataría tanto de un abandono de la razón, como de una forma de entender el Tao dentro de todas las cosas y de seguir ese «camino» en armonía. Lao-Tse compara el gobierno de un reino con freír un pescado: «mucho calor y la comida se arruina».

⁴ Carmen Martín Gaité, *La reina de las nieves*, Editorial Anagrama, 1997. p. 171.